



ITINERARIO HISTÓRICO DE SANTA CRUZ DE SANTIAGO DE TENERIFE

A partir de extractos del libro del mismo título de D. Luis Cola Benítez, Cronista Oficial de la Ciudad durante los años 2011 a 2016

ISBN: 978-84-616-75-37-1

Depósito Legal: TF-873-2013

Como el propio D. Luis Cola indica en su libro, este itinerario no es “...una guía de la ciudad, ni un catálogo de su patrimonio arquitectónico (...). Es simplemente, sin mayores pretensiones, un ITINERARIO –entre otros muchos posibles- que intenta aproximar al ciudadano o al visitante (...) aquellos lugares, rincones o aspectos de la población que –con criterio inevitablemente subjetivo- pueden tener alguna significación histórica, bien por su origen y características o por constituir hitos en la vida cotidiana de los que nos precedieron o de nosotros mismos.”

1. La Fundación

Para situar el escenario que nos permita determinar lo más exactamente posible el punto en el que tuvo lugar la Fundación de Santa Cruz de Tenerife, hay que tener en cuenta que la actual Avenida Marítima, en el tramo comprendido entre la Plaza de España y la Avenida 3 de Mayo, en su mayor parte está construida en terreno ganado al mar, y su calzada viene a coincidir, aproximadamente, con lo que antes era la rompiente de las olas. Allí, a pocos pasos de lo que era una pedregosa playa, y en el espacio comprendido entre el barranco de Santos y el barranquillo de Aceite o Cagaceite –que transcurre bajo la actual calle Imeldo Serís-, el capitán de las huestes castellanas, Alonso Fernández de Lugo, hincó en tierra una tosca Cruz de madera, después de desembarcar de sus navíos en los primeros días de mayo de 1494. El día 3 se celebró al pie de esta Cruz la primera misa, y ambos hechos –la colocación de la Cruz y la celebración de aquella misa- históricamente son considerados como acta fundacional del primer núcleo poblacional cristiano de Tenerife. El desembarco se había efectuado sin oposición de los aborígenes guanches, que sorprendidos por la llegada de los españoles observaban desde lejos aquellas ceremonias, para ellos incomprensibles. Más tarde, al saber de las intenciones de los invasores, organizaron la defensa y la isla tardó dos años en ser dominada.

La Cruz Fundacional continuó en el mismo lugar durante muchos años, expuesta a la *maresía*, al sol y a las inclemencias del tiempo en un espacio libre de construcciones que era conocido como *Placeta de la Cruz*, hasta que en 1736 quedó protegida del salobre aire marino por un pequeño edificio que se levantó entre ella y la playa, dedicado a matadero de reses y despacho de carnes.

Pasaron los años, hasta que un alcalde real de Santa Cruz, Juan de Arauz y Lordelo, cayó en la cuenta de que la actividad que se desarrollaba en aquel entorno no era la más apropiada para la conservación de la histórica reliquia, y en 1743 pidió licencia para construir, adosada a la carnicería por el lado de tierra, una pequeña capilla que la protegiera y en la que se le pudiera dedicar el debido culto como símbolo religioso de gran valor histórico. Así lo hizo, y la capilla, bajo la advocación del Santo Sudario, se conservó hasta que en 1794 fue demolida por obras de ampliación de la carnicería, y la Cruz Fundacional fue trasladada a la cercana Ermita de San Telmo, al sur del barranco de Santos, y en algunos períodos a la capilla del antiguo Hospital Civil de Nuestra Señora de los Desamparados.

En la actualidad, la Cruz Fundacional, propiedad del Excmo. Ayuntamiento –es decir, del pueblo de Santa Cruz-, se conserva debidamente protegida por un relicario en la Iglesia Matriz de la Señora de la Concepción, y cada 3 de mayo sale en procesión cívico-religiosa en unión del Pendón de la Ciudad, acompañada por las autoridades religiosas, civiles y militares.

2. Plaza de la Iglesia

Esta plaza, que en principio recibió el nombre de calle Grande o Calle Ancha, formaba parte del primer camino hacia La Laguna y al interior de la isla. Este camino partía de los alrededores de lo que hoy es la plaza de España por la antigua calle de La Caleta –actual General Gutiérrez-, cruzaba el barranquillo del Aceite –que hoy transcurre bajo la calle de Imeldo Serís- cerca de su desembocadura, seguía por esta calle Grande y, contorneando la iglesia parroquial por su frente, rebasaba el barranco de Santos por un antiguo puente de madera. Todo este sector, en unión con la calle de Las Norias y la plaza de La Candelaria constituye el núcleo original de la población.

La plaza fue uno de los primeros lugares escogidos por los más importantes personajes para fijar su residencia: el obispo Bartolomé García Ximénez (1665), la casona de la familia Carta (S. XVIII), la sede del Ayuntamiento entre 1826 y 1837, la sede del Círculo de Amistad (que fue pasto de las llamas en 1892), etc.

Otros personajes importantes que residieron en esta calle Ancha o Grande fueron los sacerdotes hermanos Logman, grandes benefactores del lugar, cuya casa pasó luego a la familia Bignoni y que más tarde fue hotel; el marqués de la Fuente de las Palmas, Domingo Chirino Soler; la familia Casalón, cónsules de Francia; el cónsul de Gran Bretaña, Diego Meade. Tal vez el apelativo de Calle Grande le venga más por su importancia residencial que por su anchura.

En un espacio ajardinado y rodeado de verja se encuentra una Cruz de mármol, hecha en Málaga por Salvador de Alcaraz y Vadés –autor también de la piedra bautismal de la Concepción de La Laguna-, donada a la población en 1759 por el capitán Bartolomé Antonio Méndez Montañés. Su emplazamiento original fue la cabecera de la plaza principal –conocida entonces como plaza de la Pila-, haciendo frente al monumento de la Virgen de la Candelaria, también donación suya, desde donde se trasladó en 1929 a la plaza de San Telmo y, posteriormente, cuando esta plaza desapareció con la apertura de la calle Bravo Murillo, se instaló en esta plaza.

3. Parroquia de La Concepción

Se trata del templo más antiguo de la población y una de sus primeras construcciones. Comenzó a levantarse en los últimos años del siglo XV. Fue erigida parroquia en 1533, año en el que por

una real cédula dejaba de ser auxiliar de la Concepción de La Laguna. El nombre de Iglesia de Santa Cruz perduró hasta 1636. En sus orígenes era una pequeña iglesia de una sola nave, levantada con modestos materiales; hacia 1634 se encontraba en tal estado de ruina que el párroco, con la colaboración de los vecinos, inició su reconstrucción y ampliación, dotándola de una segunda nave (la del Evangelio), siendo por entonces cuando aparece bajo la actual advocación de Nuestra Señora de la Concepción. El edificio fue pasto de las llamas en 1652, iniciándose su reconstrucción con una tercera nave.

El templo posee en su costado norte una espléndida torre campanario de gran esbeltez, que fue concluida a finales del siglo XVIII. En su conjunto, la iglesia presenta un lenguaje de sorprendente armonía constructiva, a pesar de ser el resultado de trabajos realizados durante varios siglos. En su interior destaca el retablo barroco de la capilla mayor, del siglo XVIII, en cuya hornacina central se encuentra la patrona del templo, Nuestra Señora de la Concepción, obra del escultor orotavense Fernando Estévez; en las laterales, San Joaquín y Santa Ana, del lagunero José Rodríguez de la Oliva.

Para los santacruceños, la más preciada reliquia que se custodia en esta iglesia es la Cruz de madera que trajo el Adelantado Alonso Fernández de Lugo en 1494, que constituye ya el simbólico e indiscutible protagonista de la fundación de la ciudad.

En la capilla de Santiago yace el comandante general D. Antonio Gutiérrez de Otero, vencedor de Horacio Nelson en su frustrado ataque a la plaza en 1797, que murió dos años después. También en esta misma capilla se encuentran los restos del más insigne pianista y compositor canario, Teobaldo Power.

4. Calle de Las Norias

Esta es la denominación original de la calle que recibe el nombre del que fuera diputado en Cortes por Tenerife, Antonio Domínguez Afonso. Se trata de una de las más antiguas calles de la ciudad, formando parte de su núcleo fundacional. Su antiguo nombre responde a los pozos y norias que allí existían. Al poco tiempo de la llegada de los castellanos, cuando el agua que discurría por el cercano barranco de Santos comenzó a ser insuficiente, se abrieron pozos en aquella zona para abastecer el primigenio asentamiento urbano.

Esta calle fue escenario de encarnizadas luchas entre los defensores tinerfeños y las fuerzas británicas que intentaron la conquista de Tenerife bajo el mando de Sir Horacio Nelson, en la madrugada del 24 al 25 de julio de 1797.

También fue una de las primeras que contó con alumbrado de gas, desde antes de 1843, naturalmente costado por sus vecinos. Todavía se conservan en ella algunas casas, antiguas residencias de distinguidas familias –como la de Verdugo o *casa del miedo*, antes de Murrieta-, junto a otras más modestas que ocuparían profesionales, artesanos, funcionarios o militares, protagonistas de la comunidad del viejo Santa Cruz.

Al final de esta antigua vía, junto al barranco de Santos y hacia la zona del actual puente Serrador, estuvo situado el famoso Paseo de la Concordia, construido en 1837 por el comandante general Juan Manuel Pereyra y Sotosánchez, marqués de la Concordia, aprovechando el terreno resultante al amurallar el barranco para evitar las avenidas. Entre otros árboles, como álamos y acacias, allí se plantaron las primeras moreras, que se aprovecharon para la cría de gusanos de seda.

5. Puente de El Cabo

A pocos metros de la iglesia de La Concepción transcurre el tramo final del barranco llamado de Diego Santos, uno de los primeros habitantes del puerto y amigo del Adelantado Fernández de Lugo, que tuvo su residencia por aquel paraje y que construyó algún navío aprovechando como varadero la desembocadura al mar del barranco al que dio su nombre. Allí se hizo desde los primeros tiempos un puente de madera, el primero con que contó la población, para facilitar el tránsito hacia el barrio de El Cabo y el camino de San Sebastián, único acceso hacia el interior de la isla y su capital, La Laguna, hasta que en 1754 se construyó el puente Zurita. Este primer puente de El Cabo, que hubo de reponerse numerosas veces por resultar destruido por las avenidas del barranco (la configuración actual es la derivada de las obras de rehabilitación finalizadas en 2015), sería al principio apenas una pasarela peatonal que permitiría, como mucho, el paso de un jinete con su cabalgadura.

Aguas abajo del puente, antes de que las modernas vías e instalaciones portuarias desfiguraran el litoral, se formaba en las pleamares, al quedar retenida el agua de las olas por los arrastres del barranco que se acumulaban en la desembocadura, el que era conocido como Charco de la Casona, lugar de juegos y baños de la chiquillería y de nostálgicos recuerdos para los más vetustos de nuestros conciudadanos.

6. Antiguo Hospital Civil, Centro de Museos

El edificio que en la margen derecha del barranco de Santos hace frente al puente de El Cabo, fue en su día el Hospital de Nuestra Señora de los Desamparados. Santa Cruz fue la primera población de Canarias que contó con un lazareto o *degredo*, no contaba con un centro donde acoger a los enfermos pobres, que se veían abandonados a su suerte. Ello hizo que, en 1745, los beneméritos sacerdotes Rodrigo e Ignacio Logman Van Udeen lograran del conde de La Gomera y marqués de Adeje la cesión de aquellas tierras, lindando con el barranco de Santos, a tributo perpetuo de cuarenta reales al año. Construyeron a sus expensas y tomaron a su cargo la fundación de este establecimiento, inicialmente de unas 30 camas. Más tarde, el establecimiento se mantuvo en el antiguo edificio gracias a donaciones y ayudas del vecindario. Uno de sus mayores benefactores fue el teniente general don Antonio Benavides Bazán y Molina, antiguo gobernador de la Florida, de Vera Cruz y de Yucatán, que había buscado en aquel establecimiento refugio para sus últimos días, muriendo en la más absoluta pobreza después de dejar cuanto tenía al hospital y sus asilados.

Al poniente de la antigua construcción se situaba la huerta del Hospital, espacio que hoy ocupa el vanguardista edificio del TEA (Tenerife Espacio de las Artes), obra de los arquitectos suizos Herzog y Meuron.

Las obras del edificio actual, de marcado acento neoclásico, comenzaron en la década de los 80 del siglo XIX bajo el proyecto del arquitecto Manuel de Oráa y Arcocha. En 1914, creados ya los Cabildos Insulares, fue esta entidad la que se hizo cargo de la administración. Allí nacieron las primeras especialidades de la medicina pública en Tenerife, y allí siguieron hasta que en 1971 todos los servicios se trasladaron al nuevo Hospital Universitario. En la actualidad, con las necesarias remodelaciones de su interior, este edificio es la moderna sede del Museo de la Naturaleza y el Hombre, dependiente del Organismo Autónomo de Museos del Cabildo Insular de Tenerife.

7. Fuente de Morales

El abastecimiento de agua a Santa Cruz constituyó un problema desde los primeros tiempos de su historia. No fue hasta 1706 cuando la población contó con la primera fuente pública, a la que el preciado líquido llegaba desde los nacientes del Monte Aguirre por canales de madera, con un recorrido de más de una docena de kilómetros; tuvo que transcurrir bastante más de un siglo para que pudieran ser sustituidos por atarjeas de mampostería. La obra estuvo a cargo de una Junta Económica del Agua, cuya presidencia se ofreció al que era comandante general de Canarias, el general don Francisco Tomás Morales. De esta manera se pudo llevar el agua hasta el barrio de El Cabo, estableciéndose la primera fuente con que contó el entonces populoso enclave para el servicio de los vecinos, que hasta entonces o bien se surtían de la fuente de la Plaza de la Pila (la primera fuente pública con la que contó la ciudad), o tenían que contentarse con el agua salobre de algún pozo.

De piedra basáltica del país, su emplazamiento original era paralelo y dando la espalda al cauce del barranco de Santos. Fue inaugurada el 2 de febrero de 1838, disponiendo en principio de cuatro chorros –ampliados posteriormente– y de una pileta por el lado del barranco, en la que se recogían los derrames y que servía de abrevadero para el ganado.

8. Ermita de San Telmo

Se trata de una de las construcciones más antiguas de la ciudad, sin que esté documentada la fecha de su creación (quizá el primer tercio del siglo XVI). Hoy esta ermita, con su modesta presencia, con la de la Regla y con la Fuente de Morales, son los únicos testimonios físicos supervivientes del que fue el primer barrio de pescadores y hombres de mar de Santa Cruz, que fueron los que desde muy temprana fecha dedicaron este pequeño templo al santo patrono de los mareantes, San Pedro González Telmo.

En esta ermita intentaron fundar convento los franciscanos de La Laguna hacia 1650, iniciando una construcción junto a ella a la que trasladaron la imagen de San Telmo. Tras protestas y pleitos de los habitantes del barrio, se obligó a los frailes a derruir lo levantado y devolver el santo a su ermita de siempre.

De muy sencilla construcción, presente portada de arco toscano, ventanas de medio punto, techumbre de madera y tejas y piso de losas chasneras. Junto a su puerta, y en algunas épocas en su interior, estuvo colocada la Cruz de la Fundación, que hoy se custodia en la parroquia de La Concepción.

9. Hospicio y cuartel de San Carlos

Cuentan las viejas crónicas que en este lugar estuvo situado muy antiguamente un pequeño hospital de misericordia, que luego fue absorbido por el Hospital de Desamparados fundado por los hermanos Logman, posible razón por la que fuera el sitio elegido para establecer en 1785, por el comandante general don Miguel de la Grúa y Talamanca, el Hospicio de San Carlos. Más que un verdadero hospital, era un centro de acogida y asilo para ancianos y desvalidos. En 1799 el primer edificio fue arrendado como cuartel, hasta que en 1849 se vendió para el mismo uso a la Real Hacienda, con objeto de dedicar su producto (más de 81.000 reales) a la construcción de un teatro.

A sus espaldas se encuentra el edificio de la Presidencia del Gobierno de la Comunidad Autónoma, cuyo patio interior guarda un espléndido ejemplo de arquitectura tradicional canaria del siglo XVIII.

10. Batería de San Francisco

Camino del Sur por lo que era la antigua línea de costa y el camino de Las Cruces –hoy avenida de la Constitución- se encuentran los pétreos restos de la batería de San Francisco, conocida en sus primeros tiempos como reducto o batería de Regla. Santa Cruz, única plaza fuerte que ha tenido Canarias, llegó a disponer a lo largo de su línea defensiva y en distintas épocas de más de una veintena de reductos artillados, entre castillos, fuertes y baterías, de los que desafortunadamente apenas se ha conservado alguno.

Datan los inicios de esta batería de 1656, siendo reconstruida varias veces a lo largo de los siglos. En 1788 estaba artillada con dos cañones de a 16, dos de a 12 y un mortero de a 9, siendo su guarnición variable según fuera tiempo de paz o de guerra. En 1797 fue la última defensa hacia el Sur de la línea que intervino en la defensa contra el frustrado intento de invasión del contralmirante Horacio Nelson.

En 1924 fue declarada inadecuada para las necesidades militares.

11. Ermita de Regla

En 1643, terminada la construcción del castillo de San Juan, el Cabildo consideró conveniente dotar a su guarnición de un oratorio o capilla en lugar cercano, y este fue el origen de la actual ermita, al principio dedicada a Nuestra Señora de Guadalupe. La imagen, de origen americano, actualmente conocida como Nuestra Señora de Regla, era de gran devoción entre los mareantes., y posiblemente fue donada por el piloto de la carrera de Indias Domingo Díaz Virtudes.

El sitio se consideraba tan a trasmano que fue, en un solar inmediato, el lugar elegido para ejecutar a Ángel García *Cabeza de Perro*, pirata famoso por su crueldad. Ha sido utilizada en el transcurso de estos últimos siglos como lugar de enterramiento, hospitalillo de aislamiento, depósito militar, escuela y parroquia,

Actualmente el antiguo barrio de pescadores de Regla ha desaparecido, absorbido por modernas vías y edificaciones. No obstante, los antiguos vecinos y sus descendientes, residentes hoy en otras zonas de la capital, siguen celebrando cada 8 de septiembre, en la pequeña ermita, la festividad de Nuestra Señora de Regla.

12. Castillo de San Juan Bautista (Castillo Negro)

Aunque modificada a lo largo de los años, se trata de la única fortaleza que se conserva entera entre las más antiguas que formaron parte de la línea defensiva de la plaza. Su construcción, costeada por el Cabildo de la isla y con aportaciones vecinales, comenzó hacia 1641 y se finalizó en 1643. Su estructura es de sillería basáltica, y dispone de foso que alimenta el agua de mar, con puente de acceso.

Esta fortaleza del flanco Sur de la línea fue la tercera en importancia con que contó la marina de Santa Cruz, siendo las otras dos la desaparecida de San Cristóbal, en el centro –actual plaza de España-, y la de Paso Alto, al norte del puerto. En la noche del 24 al 25 de julio de 1797, en ocasión del ataque de las fuerzas mandadas por Nelson, este castillo casi no tuvo la oportunidad de intervenir, pues solo disparó cuatro cañonazos con simple intención disuasoria.

El paraje en que está enclavado era conocido desde los primeros tiempos como Caleta de Negros, sin que exista constancia de la razón de tal nombre, aunque es posible que este topónimo haya contribuido a que el castillo sea también conocido como Castillo Negro.

13. Casa de La Pólvora

Ante la necesidad de disponer en la plaza de un sitio donde custodiar la pólvora, en 1756 se iniciaron las obras de este almacén, que se dieron por terminadas dos años más tarde. Anteriormente la pólvora se guardaba en una casa del Cabildo cercana a la ermita de Regla. Cuando el polvorín cumplía poco más de la treintena de años de su puesta en servicio, se cayó en la cuenta de que el almacén estaba situado en un lugar de riesgo en caso de un ataque desde el mar, y la pólvora se trasladó primero al castillo de San Joaquín, en La Cuesta, y posteriormente al polvorín de Taco.

El edificio, de cantería basáltica del país y de ciclópea apariencia, constituye una auténtica reliquia y ejemplo de la tipología de construcciones de uso militar. En el entorno, en el lugar que ocupa el Parque Marítimo, estuvo enclavado el Lazareto de la población, siendo utilizado para las cuarentenas de los viajeros que llegaban de puertos infestados y como hospital de contagiados hasta los primeros lustros del siglo pasado. La montaña que lo cierra por el sur es en realidad la acumulación producida por el vertedero de la ciudad durante largos años, sobre el que se ha creado un gran palmeral con especies de los cinco continentes.

14. Cementerio de San Rafael y San Roque

Hasta el año 1810 todos los enterramientos se hacían en Canarias, según normas seculares, en los templos y las ermitas, excepto los miembros de las órdenes religiosas que se sepultaban en sus propios conventos. En dicho año, la población de Santa Cruz se vio invadida por una terrible epidemia de fiebre amarilla que causó estragos. En año y medio, la enfermedad acabó con 1.662 vidas (Santa Cruz contaba con una población de poco más de 7.000 habitantes), y la falta de espacio para nuevos enterramientos por la saturación producida en iglesias y ermitas, especialmente en la de Regla, fue el origen del primer cementerio civil del Archipiélago.

Con las arcas municipales exhaustas como consecuencia de la tragedia sufrida, más aún estando Santa Cruz recién emancipada como villa exenta, se comprende que la creación del cementerio pasara por un sinnúmero de dificultades, teniéndose que recurrir a suscripciones voluntarias y a aportaciones de los vecinos más pudientes. Finalmente, se logró su terminación en 1823.

En su recinto se encuentran las tumbas de las más renombradas familias del Santa Cruz decimonónico, aunque los restos de algunos personajes fueron en su momento trasladados al cementerio de Santa Lastenia.

15. Ermita de San Sebastián

Esta ermita, en unión de la Iglesia Matriz de Nuestra Señora de la Concepción y la ermita dedicada a San Telmo, es sin duda una de las construcciones religiosas más antiguas de la ciudad, sin que en su caso, como ocurre con la de San Telmo, sea posible documentar su fundación, que debió de ocurrir hacia el primer tercio del siglo XVI. A finales del siglo XIX, con aportaciones vecinales, se añadió el campanario y adquirió el aspecto que hoy presenta.

Dentro de la modestia de sus ornamentos, debe señalarse un óleo sobre lienzo que representa *La Anunciación*, de relativo mérito, posible donación de algún feligrés.

La ermita fue durante los primeros siglos de su vida el lugar de reunión y culto de los campesinos, molineros y pastores del amplio y no bien delimitado sector del sur de la ciudad que respondía al nombre de La Costa –hoy totalmente urbanizado-. Su fiesta llegó a ser muy popular y concurrida, y a su patrono se le tenía por intercesor frente a la enfermedad de *puntada* y la peste. La imagen del santo que hoy se venera no es la original, perdida con el tiempo y sustituida por otra que fue, a su vez, pasto del fuego cuando se estaba restaurando no hace mucho tiempo, por lo que parece que la actual es la tercera en la historia de la ermita.

16. La Recova

Antes de que Santa Cruz tuviese su primer mercado o recova en la que se conocía como plazuela de las Verduras, junto a la salida al mar del barranquillo del Aceite –que hoy transcurre bajo la calle de Imeldo Serís-, los productos de abasto se ofrecían en la plaza principal de la Pila.

A mediados del siglo XIX, y aprovechando parte del solar que quedaba libre cuando se construyó el Teatro, más alguna otra parcela que se adquirió para ampliarlo, el ayuntamiento encargó al arquitecto Manuel de Oráa el proyecto para un nuevo mercado. Este establecimiento se inauguró el 25 de julio de 1851. Con su patio central descubierta, de planta rectangular, ocupa una superficie de 1.860 metros cuadrados, edificio que según los contemporáneos era de severa y sencilla arquitectura. El patio central se comunica con el exterior por dos grandes puertas de sillería, abiertas al este y al oeste.

Con el paso del tiempo, el mercado se fue mostrando insuficiente para acoger la actividad que la ciudad demandaba, y muchos puntos de venta se veían obligados a instalarse al aire libre en la plaza y calles aledañas, por lo que se estudiaron varias fórmulas para su ampliación, siendo la finalmente escogida una estructura de hierro fabricada en Londres que en 1897 se instaló en la plaza a la que hacía frente el edificio. Tras la puesta en marcha del mercado de Nuestra Señora de África, se procedió al traslado a la barriada de García-Escámez, donde aún se encuentra.

En la actualidad, el edificio –restaurado a comienzos del siglo pasado- alberga la denominada Sala de Arte La Recova y otras dependencias municipales del Organismo Autónomo de Cultura.

17. El Teatro Guimerá

Santa Cruz no tuvo teatro hasta mediados del siglo XIX, cuando con muchísimos sacrificios económicos, se comenzó la construcción tras la venta al Estado del antiguo hospicio que venía ocupando en alquiler el cuartel de San Carlos. Por fin, sobre el solar resultante del derribo del antiguo convento dominico de la Consolación, se iniciaron las obras de un teatro con proyecto del arquitecto Manuel de Oráa, cuya primera etapa se concluyó en 1851, año en el que el 26 de enero se inauguró con la obra *Guzmán el Bueno*, de Antonio Gil y Zárate. Pero aún estaba lejos de poder decir que se había terminado.

Fue en los primeros años del siglo XX cuando empezó a tomar forma, encargándose de su decoración interior Francisco Granados Calderón, bajo la dirección del arquitecto Antonio Pintor Ocete, siendo las pinturas del techo de Ángel Romero Mateos. En la última remodelación del coliseo, terminada en 1991 a cargo del arquitecto Carlos A. Schwartz, se le proporcionó amplitud a la caja escénica y al vestíbulo, se hicieron nuevos camerinos y una sala multiusos y se remodelaron y renovaron muchos elementos que estaban en malas condiciones.

Hoy, el teatro municipal, al igual que la calle en que vio la luz a escasos metros de su situación, recibe el nombre del más afamado dramaturgo nacido en Santa Cruz de Tenerife, Ángel Guimerá

y Jorge. Es un hermoso y coqueto recinto –llamado por algunos *la bombonera*- con capacidad para 966 espectadores, preparado para cualquier clase de espectáculo y que goza de una magnífica acústica.

18. Plaza y fuente de Santo Domingo

Este pequeño espacio urbano situado hacia el ángulo noroeste del Teatro, es lo que resta libre de la huerta del antiguo convento dominico de la Consolación. En 1816 se trasladó a la trasera del convento el chorro o fuente pública que desde 1709 se encontraba en la actual calle Teobaldo Power –entonces llamada Corazón de Jesús y más tarde del Pilar-, fuente que cambió de ubicación varias veces, siempre en aquellas proximidades. Una vez cedido al municipio el extinguido convento en 1849, el alcalde pidió también la huerta a los frailes, a lo que no accedió la Administración del Estado por considerarlo terreno de uso agrícola, que sacó a pública subasta. El Ayuntamiento no tenía medios para concurrir, pero su Secretario, Félix Álvarez de la Fuente, lo hizo a título personal, logró que la huerta fuera rematada a su favor y, una vez a su nombre, en un generoso gesto hacia su pueblo, cedió la titularidad al Ayuntamiento. Este es el origen de la actual plaza.

En 1893, con un proyecto del arquitecto municipal Antonio Pintor, se encargó a Sevilla un farol de fundición que coronaba el conjunto y se le dotó de una verja de hierro que cerraba el recinto de la plaza, elementos hoy desaparecidos.

19. Plaza General Weyler

Este ámbito urbano, que hoy casi viene a coincidir con el centro geométrico del casco de la ciudad, puede decirse que nació de la nada, pues no resultó como consecuencia de las edificaciones que lo contornearon, sino que –al contrario- las edificaciones se adaptaron a aquel espacio.

Fue en 1776 cuando el comandante general Marqués de Tabalosos comenzó la construcción de un hospital militar en el solar que hoy ocupa la Capitanía General. El hospital era entonces la primera edificación del pueblo que se encontraba al bajar por el camino de La Laguna, hoy Rambla Pulido.

Hacia 1875 los militares aceptaron que se plantaran allí algunos árboles siempre que el municipio corriera con los gastos de mantenimiento, y por fin se hizo realidad el viejo proyecto de prolongar la calle del Castillo hasta la incipiente plaza. Cuatro años después el capitán general Valeriano Weyler ordenó el derribo del hospital para construir el palacio de la Capitanía General, y el Ayuntamiento acordó poner su nombre a la plaza a la que daba frente.

El primer diseño de la plaza lo realizó Vicente Alonso de Armiño, pero ha sido muy transformado con el paso del tiempo.

20. Palacio de la Capitanía General. Maestranza.

Fue la decisión del general Weyler, llegado en 1878, la que hizo realidad el proyecto de un edificio propio sobre el solar que ocupaba el antiguo Hospital Militar. El Ayuntamiento colaboró cediendo los solares para el nuevo hospital y acogiendo a los soldados enfermos en el civil mientras durasen las obras del nuevo. Comenzados los trabajos para la nueva sede de Capitanía en 1879, bajo el proyecto del ingeniero militar Tomás Clavijo y Castillo-Olivares, fueron realizados en dos años con gran economía para el erario público, pues de un presupuesto de casi 135.000 pesetas el Estado solo tuvo que aportar poco más de 12.000.

El edificio es un claro exponente del clasicismo romántico que responde al destino proyectado. Dispone en los bajos de un amplio patio central, con azulejos sevillanos y columnas de fundición que soportan la galería superior. La escalera por la que se accede a la planta noble desemboca en la crujía principal en una galería con cerramiento de tracería neogótica sobre el patio central desde la que se da entrada al magnífico salón del Trono o de Corte. Las pinturas del techo de este salón, la decoración del comedor de gala y los relieves del frontón del edificio son obra del artista tinerfeño Gumersindo Robayna.

Muy cercano al edificio de Capitanía, al otro lado de la Rambla Pulido, pervive una vieja construcción que fue, desde 1862 hasta tiempos muy recientes, primero Maestranza y luego Parque de Artillería. Construida en 1859 para dedicarla a mesón por el arquitecto Manuel de Oráa, actualmente aloja las dependencias del Cuartel General del Mando de Canarias.

21. Institución Imeldo Serís

Don Imeldo Serís-Granier y Blanco, Marqués de Villasegura, nació en Santa Cruz de Tenerife el 29 de agosto de 1849. Marino de Guerra, participó como tal en la de Cuba y, nombrado Gentil Hombre de Cámara con ejercicio, ocupó importantes puestos en la Corte de Isabel II y de su hijo Alfonso XII, fue jefe de su Casa Real y secretario particular de su Majestad la Reina.

En 1894 resultó elegido senador por Canarias y en 1896 diputado a Cortes por Tenerife, demostrando en todo momento, a lo largo de su vida, un acendrado amor por su patria chica. Entre otros asuntos, intervino en la concesión a Santa Cruz del título Muy Benéfica –premio al comportamiento ciudadano ante la epidemia de cólera de 1893-, y apoyó decididamente la instalación del primer tranvía en Tenerife, inaugurado en 1901. Falleció en Madrid en 1904, sus restos fueron trasladados a Santa Cruz y actualmente descansan en el panteón de Hombres Ilustres.

En su testamento dejó a su ciudad en el que, además de objetos de arte y bibliográficos que encontraron pronta ubicación en el Museo y la Biblioteca municipales, asignaba cien mil pesetas para la construcción y cincuenta mil para su dotación de un edificio destinado a Instituto de Caridad, Benéfico o de Enseñanza –lo que se estimara más necesario-, que debería denominarse Institución Imeldo Serís, debiendo ser a cargo del Ayuntamiento la cesión del solar necesario. Después de varias propuestas, la corporación se decidió por uno situado en la entonces recién inaugurada Avenida Veinticinco de Julio. El proyecto del edificio, de nobles líneas y estilo ecléctico, es del arquitecto Manuel de Cámara y Cruz, amigo personal de Serís y uno de sus albaceas testamentarios.

22. Plaza de Toros

Situada en lo que entonces era el extrarradio de la ciudad –Paseo de los Coches, en su tramo conocido entonces como Rambla XI de Febrero-, debe su existencia a una sociedad privada, La Tinerfeña, que ante el entusiasmo que habían despertado varios festejos taurinos organizados en La Laguna en un efímero ruedo de madera, se atrevió a construir una plaza en condiciones en Santa Cruz.

El autor del proyecto, el arquitecto Antonio Pintor y Ocete, intentó adaptar un estilo historicista a la tendencia neomodéjar que era común a otras plazas de la Península, aunque en nuestro caso, siempre con medios limitados, el resultado fue de mayor sencillez y austeridad. Su planta no es circular, sino formada por un polígono de treinta y tres lados. La obra transcurrió con gran celeridad, concluyéndose en menos de un año.

En 1893, en las fiestas de la ciudad, se inauguró el coso el 30 de abril con la participación de los diestros Luis Manzantini y Antonio Moreno *Lagartijillo*, y ganado de Benjumea, llenándose totalmente el aforo de 6.800 espectadores. Como curiosidad, en los años 1896 y 1897 no se celebraron festejos por estar la plaza ocupada con tropas repatriadas de Cuba, alojadas en barracones instalados en el ruedo. Continuó la actividad siempre con éxito hasta que en 1924 se declaró un incendio en vísperas de las corridas del mes de mayo, que destruyó gran parte de las instalaciones.

A lo largo de su historia actuaron en esta plaza las más importantes figuras del toreo a pie y a caballo. El último festejo celebrado en esta plaza tuvo lugar en 1984. En 1991 el Gobierno de Canarias aprobó una ley denominada *De protección de los animales* que dio la puntilla a la Fiesta Nacional de los Toros en Santa Cruz. La plaza, en la que también se han celebrado veladas de boxeo internacionales, cine de verano, verbenas, concursos carnavales, lucha canaria y tantos otros espectáculos, sigue siendo propiedad privada.

23. La estatua

El monumento en honor al heroico militar tinerfeño Diego Fernández Ortega es la estatua por antonomasia de Santa Cruz, y basta con decir *la estatua* para que todos los ciudadanos sepan a qué nos referimos. El motivo de este apelativo está en que fue la primera representación pública de una persona que se instaló en las calles de la ciudad. Se encuentra situado en la intersección de las Ramblas con la calle Viera y Clavijo, a la que da frente.

Las Ramblas, auténtica vía diagonal de la ciudad, tuvieron su origen en un camino de ronda formado hacia el norte de la población que desde el siglo XVII fue conocido como el Paseo de los Coches. En las primeras décadas del siglo XX, cuando se erigió el monumento que nos ocupa, aquel tramo de vía ya estaba trazado y ensanchado con su aspecto actual y, aunque ya ocupaban su entorno algunas edificaciones notables, hoy desaparecidas víctimas de la piqueta, en las imágenes de la época puede apreciarse cómo la mayor parte de los solares colindantes estaba sin edificar.

El capitán de infantería Diego Fernández Ortega participó en la guerra de África, tomando parte como segundo teniente en el célebre combate del Barranco del Lobo, en el que habiendo sido bajas todos sus superiores tomó el mando hasta caer gravemente herido. Una vez repuesto volvió voluntario y fue herido otras dos veces sin aceptar ser evacuado y, meses más tarde, combatiendo bravamente, lo sería de nuevo. El 5 de enero de 1915, destinado en las cercanías de Ceuta, al observar que una sección de infantería había perdido sus oficiales, se puso al frente de la misma haciendo huir al enemigo. Finalizado el combate, permaneció en el campo de batalla ayudando a recoger muertos y heridos, cuando una bala acabó con su vida. Su heroico comportamiento fue tan admirado por sus compañeros de armas que decidieron abrir una suscripción para inmortalizar su figura en un monumento que regalaron a su ciudad natal, original del renombrado escultor Enrique Cuarteto y Huerta, que fue solemnemente inaugurada el 25 de julio de 1915.

24. Los Lavaderos

Durante los dos primeros siglos de su historia, en Santa Cruz, aquellos que no disponían de pozos o aljibes en sus casas –que eran casi todos- tenían que hacer la colada aprovechando las corrientes de los barrancos y barranquillos. Hasta 1706 no dispusieron los vecinos de una fuente pública de la que poder surtirse de agua, aunque la costumbre de lavar en los barrancos continuó vigente; hubo que esperar hasta 1820 para que el procurador Síndico Vicente Martínón pidiera

al Ayuntamiento la construcción de unos lavaderos públicos, iniciativa que tardaría más de veinte años en hacerse realidad.

Tras no pocos años, el Ayuntamiento dispuso del terreno apropiado al margen del barranco de Ancheta –terrenos adquiridos a la familia Grandy-, justo en el lugar a que llegaba la atarjea que abastecía la población, pero los problemas económicos y la dificultad para proveerse de madera retrasaron su inauguración hasta 1842.

Su instalación dio origen al barrio que lleva su nombre y que se asienta al margen derecho del barranco. De planta cuadrada, dispone de sesenta piletas quince por crujía, en cuyo centro se sitúa el aljibe para el agua, y es un singular ejemplo y auténtica reliquia de arquitectura industrial único en Canarias. Restaurado, su estado de conservación es bastante bueno y actualmente sigue siendo propiedad municipal, dedicado a sala de arte y exposiciones.

25. Parque Municipal García Sanabria

La primera plaza o paseo de que dispuso Santa Cruz fue la del Castillo, hoy de la Candelaria, y cuentan los viajeros del siglo XVIII que también, a falta de mejor sitio, la explanada del pequeño espigón del muelle, pero eran sitios desangelados y sin sombra. También estaba el que fue el origen de las actuales Ramblas, llamado Paseo de los Coches, en las afueras del pueblo, que como indica su nombre era más apropiado para el uso de carruajes. Luego surgieron la Alameda de Branciforte o de la Marina, el paseo de la Concordia –de corta vida-, las plazas del Príncipe y Weyler... pero se echaba de menos la existencia de un verdadero parque público.

A finales del siglo XIX comenzó a tomar cuerpo esta aspiración, de la que comenzó a tratarse cada vez con más ahínco en la prensa y en el seno de la corporación municipal, siendo sus adalides el periodista Patricio Estévez Murphy y el médico Diego Guigou y Costa, apoyados por sociedades locales. Hubo que esperar a la década de los veinte de la pasada centuria, bajo la alcaldía de García Sanabria, para que se pudieran iniciar los primeros pasos encaminados a hacer realidad el viejo proyecto. El 12 de diciembre de 1923 se firmó la escritura de compra de los terrenos. Tras unas obras a las que contribuyó el pueblo de Santa Cruz por medio de suscripciones y aportaciones voluntarias, en 1937, dos años después del fallecimiento del creador del primer parque municipal de la ciudad, el Ayuntamiento acordó ponerle su nombre, Parque García Sanabria, y erigir en su honor el monumento central del recinto, obra del insigne escultor Francisco Borges Sala, sobre proyecto del arquitecto Marrero Regalado.

Además del citado monumento central, en el que destaca la estatua de Borges dedicada a la Fecundidad, el parque cuenta con numerosas sendas que le descubren rincones escultóricos, estatuas, variedades botánicas –reúne más de 300 especies distintas, originarias de todas las partes del planeta-, el Reloj de Flores, etc. Pero la mayor riqueza artística del Parque Municipal es la magnífica muestra de escultura moderna que se encuentra en sus paseos y sendas, obras de artistas de renombre internacional, que han quedado como testigos de la *1ª Exposición Internacional de Esculturas en la Calle*, celebrada en la ciudad a finales de 1973, y que se complementa con las numerosas obras que se encuentran en las cercanas Ramblas y otros lugares de la trama urbana.

26. Plaza de los Patos

Uno de los más populares enclaves ciudadanos es esta pequeña plaza situada en la intersección de la Avenida Veinticinco de Julio con la calle Viera y Clavijo, en el corazón del Barrio de los Hoteles. Su denominación oficial, coincidente con el de la avenida arbolada que la cruza, no ha

podido con el nombre tradicional –cuando hace muchos años era un terroso espacio-, y se le sigue conociendo como Plaza de los Patos, por los que se mantenían en un pequeño estanque que allí existió.

Cuando en 1906 el rey Alfonso XIII visitó la ciudad, la plaza continuaba siendo de tierra y en ella, con gran solemnidad, Su Majestad colocó la primera piedra de lo que iba a ser un monumento en honor del ilustre hijo de esta ciudad, el general Leopoldo O'Donnell y Joris, duque de Tetuán. El monumento nunca llegó a materializarse. En 1912 también se proyectó en ella la construcción de un monumento dedicado a la Gesta del 25 de julio de 1797, que tampoco llegó a materializarse. En la década de los veinte fue cuando adquirió su actual singular aspecto, gracias a la iniciativa de los vecinos del barrio, que con suscripciones, rifas y festejos reunieron los fondos necesarios para hacer una réplica de la Plaza de las Ranas del sevillano Parque de María Luisa, con la colaboración de las firmas comerciales que donaron los bancos de azulejos.

Entre los edificios que contornan la plaza, tal vez sea el más llamativo, por su tipología arquitectónica tan distante de nuestro entorno, la iglesia anglicana –hoy católica bajo la advocación de San Jorge-, levantada por la colonia británica, de la que se puso la primera piedra conmemorando los sesenta años de la subida al trono de la Reina Victoria.

27. Ayuntamiento

Hasta 1813 el Ayuntamiento de Santa Cruz no tuvo sede oficial, y las juntas municipales se celebraban en las casas de habitación del alcalde, hasta que en ese año se alquiló una casa en la Plaza de la Constitución –hoy de la Candelaria-, en la calle San Francisco esquina a la del Castillo. A este le siguieron otros alquileres.

Por otra parte, y al saberse que el ministerio estudiaba establecer una Sala de lo Criminal en la capital, el Ayuntamiento se apresuró a ofrecer locales y mobiliario. En 1894 se adquirió el solar en la calle Méndez Núñez esquina a Santa Rita –hoy Viera y Clavijo- y se encargaron los planos al arquitecto municipal Antonio Pintor y Ocete. Por lo tanto, el origen de las actuales Casas Consistoriales fue la construcción de un Palacio de Justicia, puesto que la sede municipal se había pensado construir en el terreno que resultaría del derribo del antiguo convento de San Francisco.

En 1904, sin haberse terminado, la corporación se mudó al nuevo edificio y comenzó a celebrar en él sus sesiones en una sala de la planta baja habilitada para ello, pues el salón principal era todavía espacio en obras, mientras que la Audiencia se instaló en el piso alto. Los elementos decorativos del salón de plenos fueron contratados con el artista Francisco Granados Calderón, los lienzos de la escocia del techo son obra de Martínez Abades y el motivo principal del techo, *La verdad venciendo al Error*, se debe al más famoso pintor canario de la época, Manuel González Méndez. Las vidrieras principales y las claraboyas, instaladas en 1908, fueron realizadas por la firma Eudaldo R. Amigó y Cía., de Barcelona, que también suministró los cristales de las puertas y ventanas superiores. En la fachada destacan el frontón, realizado en piedra artificial por Arturo López de Vergara sobre boceto de Eduardo Tarquis y Teodomiro Robayna, y las puertas de acceso al edificio, obra del taller de José Ruiz de acuerdo con bocetos del propio arquitecto municipal Antonio Pintor, también autor del diseño de la balaustrada de la escalera principal.

En este edificio, además de las dependencias municipales y judiciales, estuvieron instaladas también la Escuela de Comercio y la de Náutica, así como un Observatorio Meteorológico municipal. Con la construcción en tiempos de la oligarquía del edificio para el Gobierno Civil el

Ayuntamiento perdió la posibilidad de contar con una plaza frontera. Hoy solo aloja la Alcaldía y las dependencias de los grupos políticos que forman la Corporación.

28. Institución de Enseñanza

La iniciativa de la construcción de este edificio se debe a Bernabé Rodríguez Pastrana, uno de los más señalados repúblicos del Santa Cruz de la segunda mitad del siglo XIX, impulsor y fundador en 1869 de la que se denominó Asociación de Socorros Mutuos y Enseñanza Gratuita, para cuya sede estaba destinado. Su finalidad era la de disponer de un fondo para conceder subsidios a los trabajadores enfermos o en paro, al tiempo de crear centros de enseñanza para ellos y sus hijos. El proyecto, del arquitecto Manuel de Oráa y Arcocha, es de 1877, pero las obras no comenzaron hasta 1882, sufriendo varias interrupciones por razones políticas o agotamiento de los recursos. Los estatutos estipulaban que el edificio siempre debía estar dedicado a la enseñanza y que, en caso de disolución de la Asociación, la administración del centro debía pasar a cargo del Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife.

La Asociación pasó a denominarse Institución de Enseñanza, y en 1915 cedió el edificio al Ayuntamiento para que en él se instalara el Establecimiento de Segunda Enseñanza, precursor del primer Instituto Nacional de Segunda Enseñanza que tuvo Santa Cruz.

El edificio de Bernabé Rodríguez, además de Instituto, ha sido sede de la Escuela de Artes aplicadas y de Oficios artísticos, y actualmente aloja diversas actividades de formación y empleo; en él se ubica provisionalmente la Real Academia Canaria de Bellas Artes de San Miguel Arcángel. La fachada, de claro signo romántico y a cuyo frente estaba prevista una plaza en toda su anchura que nunca se hizo, presenta tres alturas, aunque interiormente solo dispone de dos, ya que la superior es un espléndido salón de actos. El pequeño espacio que quedó libre en su frente hoy está dedicado al sacerdote y profesor del antiguo Instituto Ireneo González.

29. Logia Masónica

La influencia de la masonería en Canarias, y concretamente en Tenerife, durante el siglo XIX es indiscutible, como lo demuestra la activa presencia de logias, publicaciones y sociedades, especialmente en el último cuarto de siglo. En Santa Cruz, muchos de los más conocidos miembros de la burguesía profesional y comercial pertenecían o eran simpatizantes de los principios que inspiraban estas asociaciones y, con el liberalismo y la tolerancia que caracterizaba a aquella sociedad, se participaba en ellas con la misma naturalidad que se hacía en las sociedades literarias o de recreo de la época. Tal vez fuera esta la razón de que, al contrario de lo que ocurría en otras latitudes en las que el oscurantismo y el disimulo presidían esta clase de sociedades, en Santa Cruz se alzara este llamativo templo sin ocultación y a la vista de todos, único ejemplo en España y tal vez en Europa.

Fue construido por la Logia de Añaza con planos del arquitecto Manuel de Cámara y Cruz, y estaba casi terminado hacia 1904, a falta del revestimiento de la fachada, que no se pudo hacer por no disponerse de fondos hasta 1921. La fachada historicista, auténtico compendio de simbología masónica, fue modificada a última hora sobre el proyecto de Cámara por el que era entonces arquitecto municipal Otilio Arroyo Herrera, quedando los elementos escultóricos y ornamentales a cargo del escultor Guzmán Compañ Zamorano, ambos tinerfeños y miembros de la misma Logia de Añaza.

En 1936, suprimida y condenada la masonería por el sistema político implantado, el edificio fue incautado y cedido a la Falange. Posteriormente pasó a manos del ejército y más recientemente ha sido adquirido por el Ayuntamiento, sin que todavía esté claro el uso que se le quiere dar.

30. Iglesia del Pilar

Al presbítero José Guillén Pirón, sobrino del obispo Juan Francisco Guillén, se debe la construcción de este templo dedicado a la Virgen del Pilar, cuya primera piedra se colocó el 7 de julio de 1752. El solar estaba situado en un altozano conocido como *Cerrillo del Toscal*, al que apenas llegaba la calle entonces llamada del Corazón de Jesús, que luego tomaría el nombre de la advocación de la iglesia. Tanto la carpintería como la cantería –traída por mar desde Los Cristianos- se labró en el mismo lugar, siendo el artífice de los arcos de las capillas laterales y de la portada Alonso García de Ledesma, mientras que los techos se deben a Francisco Tomás Coronado, que también realizó el coro. La obra principal, a falta de los elementos de decoración, se terminó hacia 1755.

Uno de los acontecimientos más importantes para la historia de Santa Cruz se celebró en aquel recinto y fue la asamblea popular que tuvo lugar el 29 de julio de 1797, a los cuatro días de haberse rechazado el ataque e intento de invasión británico bajo el mando del entonces contralmirante Horacio Nelson, operación que resultó frustrada por los defensores tinerfeños y en la que el famoso marino resultó herido antes de poder poner pie en tierra y perdió su brazo derecho.

En aquella ocasión, reunidas en aquella iglesia las autoridades y el pueblo de Santa Cruz, presididos por su alcalde real, el capitán de Granaderos Domingo Vicente Marrero, se proclamó por compatronos del lugar a la Santa Cruz y al Apóstol Santiago, en cuya festividad se había logrado la victoria. Ello fue origen de la petición a la Corona, auspiciada por el comandante general Antonio Gutiérrez, para que la hasta entonces Lugar y Puerto fuera declarada Villa exenta con jurisdicción propia, concesión que vino a confirmarse en 1803, lo que constituyó la base y simiente de su posterior engrandecimiento.

Su más preciada joya es la imagen de Nuestra Señora de las Angustias, realizada por el escultor tinerfeño Miguel Arroyo Villalba, datada de 1810. Esta imagen, que sale el Viernes Santo en unión de un San Juan Evangelista y de una Magdalena debidas a Gumersindo Robayna, es protagonista de la que es considerada la procesión religiosa más popular de Santa Cruz, desde que en 1912 el concejal republicano Emilio Calzadilla Dugour, a la sazón primer teniente de alcalde, pagó de su bolsillo la Banda de Música para que acompañara al cortejo. A partir de entonces se la conoce como *procesión de los republicanos*.

El templo ha resultado totalmente desfigurado al añadirsele dos naves laterales en los años setenta del siglo pasado, con desastroso resultado para el conjunto.

31. Parlamento de Canarias

El Parlamento de Canarias se encuentra situado en la calle que lleva el nombre del más insigne pianista y compositor tinerfeño, Teobaldo Power. Y no es casualidad que ostente el nombre de este músico, puesto que el edificio original que hoy ocupa fue construido por la Sociedad Filarmónica Santa Cecilia para sede social y teatro. Santa Cecilia se fundó en 1879, ocupando en principio un local en la calle del Castillo –actual sede del Círculo de Bellas Artes-, pero no fue hasta 1883 cuando se adquiere el solar del actual emplazamiento y se encarga el proyecto del edificio al arquitecto municipal Manuel de Oráa. Entre los artistas que intervinieron en sus

pinturas y decoración, están Francisco Bonnin, Diego Crosa, Ángel Romero, José Siliuto, Pedro Maffiotte y Gunderemaro Baudet.

En 1813, constituida la Diputación Provincial de Santa Cruz de Tenerife, el Ayuntamiento le ofreció sus locales como sede provisional, y así, casi de prestado, se mantuvo hasta 1901, año en que se procedió a la compra del antiguo edificio de la Santa Cecilia. Las obras de remodelación para acondicionar el inmueble a su nuevo cometido fueron forzosamente profundas, comenzando por sustituir en el frontón de la fachada los motivos alegóricos musicales por el escudo de Canarias.

También fue sede provisional de la Audiencia Provincial, y más tarde de la Mancomunidad Interinsular, organismo sucesor de la Diputación a raíz de la creación de los Cabildos, compartiendo el espacio con el Conservatorio de Música. Todo ello dio lugar a una continua serie de obras de remodelación, ampliaciones y habilitación para distintos usos. Por fin, la Comunidad Autónoma Canaria asumió las funciones de las Mancomunidades, y en 1985 el edificio pasó a ser la sede del Parlamento de Canarias.

32. Plaza del Príncipe de Asturias

La plaza del Príncipe, antaño calificada por algunos como la más romántica de España, tiene su origen en la que fue la huerta del antiguo convento franciscano de San Pedro de Alcántara.

Desde 1822, a raíz de la desamortización del trienio liberal, ya se empezó a pensar por los regidores de la villa en la posibilidad de hacer en aquella huerta un paseo público, así como construir un nuevo mercado, pero por entonces el proyecto estaba fuera de las posibilidades municipales. En 1852 el teniente general Eusebio Calonge propuso levantar en aquel terreno la sede de la capitania general, a lo que accedía el Ayuntamiento siempre que se reservase una parte para paseo. El alcalde Bernabé Rodríguez Pastrana logró comprar el solar en 1857, encargando el proyecto al arquitecto Manuel de Oráa. El 5 de diciembre de ese año la fragata de guerra *Berenguela* trajo la noticia del nacimiento del Príncipe de Asturias –que luego sería Alfonso XII-, y el alcalde propuso poner su nombre al futuro paseo. Es curioso que la Alameda del Príncipe de Asturias deba su nombre a un alcalde republicano.

Las obras se prolongaron durante años, pero desde el principio se trató de dar a la nueva plaza y su entorno un empaque del que carecían otras zonas de la población, y se acordó que las casas que se construyeran dando frente a ella fueran todas *altas y sobradas*. Un gobernador civil propuso erigir en su centro una estatua del Príncipe Alfonso, a lo que el Ayuntamiento contestó que no tenía dinero para ello, pero si la casa real la donaba con mucho gusto la corporación levantaría el monumento.

En 1866 se encargaron a Génova las esculturas alegóricas de la Primavera y Verano, y se trajeron de Cuba los laureles de la India que allí se plantaron. En las fiestas del 25 de julio de 1870 se iluminó por primera vez la plaza, y al poco tiempo llegó de Inglaterra la monumental fuente de hierro fundido que se colocó en su centro, sustituida en 1929 por un quiosco para la música. De aquella fuente solo se conserva una parte, hoy situada en uno de los jardines de la plaza. En 1873 llegaron los primeros bancos para el descanso traídos de París.

33. Museo de Bellas Artes y Biblioteca Municipales

La primera vez que se planteó la idea de establecer una biblioteca pública data de 1863, pero hasta 1881 no se decidió hacerlo en una sala del antiguo convento franciscano de San Pedro

Alcántara, que anteriormente había servido de depósito de cadáveres. Se logró reunir una serie de aportaciones, tanto de entidades como de particulares, tales como la Institución de Segunda Enseñanza, la antigua Sociedad Económica de Amigos del País de Santa Cruz, la adquisición de algún archivo o la donación al municipio de bibliotecas privadas. Por fin, en abril de 1888 se inauguró la Biblioteca Pública Municipal de Santa Cruz de Tenerife.

En cuanto al Museo de Bellas Artes, sus inicios se remontan a 1899, cuando dos ciudadanos entusiastas del arte, Pedro Tarquis y Teodomiro Robayna, que habían formado por su cuenta una colección, pidieron al Ayuntamiento algún tipo de ayuda o subvención que permitiera su mantenimiento y ampliación. De esta forma, el embrionario museo de pinturas quedó anexo a la Academia Municipal de Dibujo, y pudo inaugurarse oficialmente en 1901. Ambas instituciones tuvieron su asiento en el antiguo convento, cuyo espacio compartían con las casas consistoriales, escuelas, cárcel y, en distintas épocas, juzgado de Primera Instancia, Diputación Provincial y hasta acuartelamiento del Batallón de Canarias. Hasta que en 1900 el Ayuntamiento recibió la total propiedad del inmueble.

En la actualidad, las dependencias de la Audiencia Provincial siguen ocupando un espacio que reclama urgentemente la necesaria ampliación que se impone para el Museo de Bellas Artes. No obstante, es visita obligada en la que pueden admirarse notables obras, especialmente del siglo XIX, además de un importante fondo cedido por el Museo del Prado, desde Sorolla y Ferrant en pintura hasta Benlliure y Querol en escultura. Pero, lógicamente, la mayor y más completa representación corresponde a pintores y escultores canarios.

En cuanto a la Biblioteca, con un fondo superior a los 162.000 volúmenes –de los que casi 14.000 son anteriores al siglo XX-, se ha procedido a la práctica integración en la Biblioteca Insular, con su sede en el moderno edificio del TEA (Tenerife Espacio de las Artes).

34. Iglesia de San Francisco de Asís

En 1649 los frailes franciscanos del lagunero convento de San Miguel de las Victorias decidieron hacer fundación en Santa Cruz y se establecieron en la ermita de San Telmo, junto a la que comenzaron a edificar un convento al que trasladaron la imagen del Santo. La protesta popular hizo que, a través de un pleito resuelto por el Consejo de Castilla, se ordenara a los frailes la devolución de la imagen a su ermita y la demolición del convento construido. Los franciscanos no cejaron en su empeño de fundar en Santa Cruz, y en 1676 lograron una Real Cédula que les autorizaba a hacerlo en la ermita de la Soledad, San José y San Antonio, cedida por su fundador Tomás Castro de Ayala, comenzando de inmediato, con muy pocos medios, la construcción de la iglesia y convento. La ermita de la Soledad se encontraba entonces en un altozano junto al barranquillo de Guaite –luego llamado de los Frailes y hoy abovedado bajo la calle Ruiz de Padrón- en lugar deshabitado, pues el pueblo no pasaba hacia el norte de la actual calle Bethencourt Afonso o San José. La fundación de este convento de San Pedro Alcántara contribuyó a la urbanización de aquel entorno y a la apertura de la población hacia el barrio de El Toscal. En la segunda mitad del siglo XVIII, gracias al decidido empeño del provincial de la Orden Fray Jacobo Delgado Sol, la obra tomó gran impulso y quedó configurada tal y como perduró hasta las primeras décadas del XX, cuando el convento fue demolido para dar paso al nuevo edificio, conservándose solo la iglesia y su espléndida torre, en la que hay que lamentar que con el paso del tiempo se haya perdido la original balconada corrida a la altura del campanario.

El templo, de tres naves, posee tres puertas en su frente y una lateral en la nave del Evangelio, habiendo desaparecido –cubierta por un retablo– la del lado de la epístola que comunicaba con el desaparecido convento. En el interior de la iglesia lo primero que atrae la atención es el magnífico retablo mayor, de un solo cuerpo y tres calles definidas por columnas salomónicas, que se terminó y doró hacia 1739. Posee varios bajorrelieves policromados representando a San José y San Antonio de Padua, y el central con una espléndida representación de la Anunciación. Preside el conjunto la imagen de vestir de Nuestra Señora de la Concepción, obra del escultor orotavense Nicolás Perdigón Oramas.

35. Capilla de la Venerable Orden Tercera

A la Venerable Orden Tercera franciscana le fue concedida en 1723 por el Capítulo conventual de San Pedro de Alcántara, como donación perpetua e irrevocable y con todas las formalidades de la ley, la capilla cabecera de la nave del Evangelio de su iglesia, conocida como capilla del Retiro o de Dolores, un sitio contiguo en el que fabricaron una pequeña habitación para sus reuniones. Pasado algún tiempo proyectaron fabricar una capilla independiente de la iglesia del convento y dependencias anexas, lo cual fue posible gracias a la ayuda recibida de dos acaudalados vecinos de origen irlandés, comerciantes del puerto: los señores Forstall y Russell, que según es tradición adquirieron un billete de lotería que decidieron jugar junto con el Señor del Huerto, advocación de gran devoción para los terciarios. Tuvieron premio, con el cual se comenzó la construcción de la capilla y, al no alcanzar la cuantía para el total de la obra, cubrieron con su peculio lo necesario para su terminación. Tanto Forstall como Russell poseen sepulcro familiar a ambos lados del altar.

La capilla está situada al suroeste de la iglesia de San Francisco, con entrada por la calle de Villalba Hervás, antes del Tigre y primeramente conocida como calle de Nuestro Señor del Huerto. La construcción, de una sola nave y con el techo pintado al fresco, se comenzó en 1760. En el pasado siglo XX se ampliaron las dependencias para el convento y, al no disponerse de suficiente espacio, se levantó una planta sobre la propia capilla; no obstante, puede decirse que, salvo pequeños detalles, conserva su aspecto original.

Su pieza fundamental, situada en un magnífico retablo rococó, es la imagen de Nuestro Señor del Huerto, con su impresionante rostro transido de dolor, obra de principios del XVIII. También puede admirarse en las paredes el que tal vez sea el más valioso y antiguo Vía Crucis de Tenerife, en catorce lienzos pintados por Juan de Miranda.

36. Plaza de La Candelaria

Se trata de la plaza más antigua y del primer espacio público del que dispuso la población. Santa Cruz ha sido la única Plaza Fuerte de Canarias y frente a su principal fortaleza, el castillo de San Cristóbal, situado donde hoy se encuentra la Plaza de España, se habían construido unos casuchos que fue necesario demoler para dejar un espacio libre en el que pudiera maniobrar la tropa y *jugar* la artillería. Así nació la plaza del Castillo, de la Pila, Real, de la Constitución, de la República o de la Candelaria –que todos estos nombres ha tenido– y la calle que de ella parte ladera arriba, y que aún se conoce como la del Castillo.

En 1706 la plaza tuvo el privilegio de que en su centro se colocara la primera pila o fuente pública con que contó la población, a la que llegaba el agua desde los nacientes del Monte Aguirre después de recorrer cerca de una docena de kilómetros por canales de madera que atravesaban las escabrosidades de abruptas laderas y profundos barrancos. La histórica Pila fue primero trasladada en 1814 junto al castillo de San Cristóbal, y desmontada definitivamente hacia 1844.

Fue a parar a un solar municipal de desechos y afortunadamente rescatada por Anselmo J. Benítez, que la restauró y cuyos herederos la devolvieron al municipio, gracias a lo cual se conserva reubicada desde el pasado siglo en la parte alta de la plaza.

Desde entonces la plaza fue ganando prestancia gracias a la iniciativa ciudadana, en lo que destaca de forma especial el que fuera capitán de forasteros y síndico personero de Santa Cruz, Bartolomé Antonio Méndez Montañés. Su primera donación fue una magnífica cruz de mármol (actualmente en la plaza de la Iglesia). Su segunda fue el espléndido monumento conocido como Triunfo de la Candelaria, de factura genovesa y fechado en 1768, que no ha cambiado de ubicación.

También del siglo XVIII es la construcción más antigua que se conserva en aquel entorno: la casa o palacio construido para su residencia por el comerciante palmero establecido en Santa Cruz Matías Rodríguez Carta. Esta amplia casona fue también hasta 1881 sede de la Capitanía General.

También en la parte alta de la plaza, en la esquina con la calle del Castillo, tuvieron su primera sede las casas consistoriales de la población, y en ella había nacido el más prestigioso general tinerfeño, Leopoldo O'Donnell y Jorís. Otro ilustre tinerfeño nacido en otra casa que ya tampoco existe es el gran compositor y pianista Teobaldo Power, autor de los Cantos Canarios y cuyos restos descansan en la iglesia de la Concepción.

En el lado norte de la plaza se sitúa el antiguo Hotel Victoria, cuyo primer proyecto data del siglo XVIII pero cuyo aspecto exterior es de finales del siglo XIX y comienzos del XX. De los años 30 son los edificios del Círculo Mercantil –hoy Cámara de Comercio-, del arquitecto Marrero Regalado, y la espléndida sede del Casino de Tenerife - sociedad fundada en 1840-, según proyecto de Miguel Martín Fernández de la Torre. En la esquina con la calle General Gutiérrez que hoy ocupa el singular edificio Olimpo estuvo el Hotel Orotava, uno de los más concurridos en las primeras décadas del pasado siglo XX.

37. Calle General Gutiérrez

Aunque el aspecto actual de esta pequeña calle dedicada al vencedor de Nelson nada tiene que ver con el original, se incluye aquí no solo por su historia, sino porque es sin duda la más antigua del casco urbano –junto con la de Las Norias y la de la Iglesia, al otro lado del barraquillo del Aceite-, pues su existencia está documentada desde 1502. Hasta que se construyó en 1754 el puente Zurita era el inicio del único camino de rodadura a La Laguna, que se prolongaba hacia la plaza de la Iglesia y, atravesando el barranco de Santos, comenzaba a trepar ladera arriba por el camino de San Sebastián. Por este motivo fue la primera calle del puerto que se empedró hacia 1567, aun antes de que existiera el castillo de San Cristóbal.

En aquella calle, junto al mar y al sur del desembarcadero que le dio su primer nombre (calle de la Caleta), existió desde los primeros tiempos la llamada *fortaleza vieja*, y a partir de mediados del XVII la batería de la Concepción.

El primer personaje importante de que se tiene noticias que se estableció en ella es el propio Adelantado Alonso Fernández de Lugo, que se hizo construir en los primeros años del XVI una casona acorde con su autoridad que le sirviera de residencia cuando bajaba de La Laguna.

En su confluencia con Imeldo Serís se encuentra un busto dedicado al vencedor de Nelson e impulsor del villazgo de Santa Cruz, el general Antonio Gutiérrez, que da nombre a la calle, para

el que existe el proyecto de un monumento de mayor entidad, pendiente de aprobación municipal.

38. Plaza de España

Esta plaza, durante muchos años espectacular pórtico de entrada desde el puerto a Santa Cruz, es de nacimiento moderno. Debe su existencia a la demolición del castillo de San Cristóbal, en sus tiempos principal fortaleza del sistema defensivo, y de otras construcciones que se habían anexionado por el lado del puerto. Hoy permanece señalada en el suelo parte de la silueta del contorno de la antigua fortaleza, en memoria de su existencia.

El historial de esta desaparecida fortaleza es en verdad glorioso, pues fue el principal baluarte en la defensa del puerto, que culminó en los ataques de Blake en 1657, Gennings en 1706 y Nelson en 1797, haciendo desistir en sus propósitos a los dos primeros y derrotando sin paliativos el intento de invasión del último, que perdió su brazo derecho en el frustrado ataque antes de que pudiera poner pie en tierra. Estas tres acciones bélicas valieron a Santa Cruz las tres cabezas de león que figuran en su escudo de armas. Actualmente se muestran, bajo el nivel del suelo, restos de las piedras de los cimientos del antiguo castillo, tal vez como tardío remordimiento por haber hecho desaparecer la más importante fortaleza histórica que tuvo Canarias.

La demolición del castillo se inició en 1929, dando paso a una gran explanada junto al mar. Se hizo la Avenida Marítima hacia el sur y se comenzaron las obras del Cabildo Insular, cuando en 1936 se pensó alzar en aquel espacio un monumento en memoria del alcalde Santiago García Sanabria, fallecido el año anterior. La guerra civil dio al traste con el proyecto; terminada la guerra, el general García Escámez tuvo la idea de levantar allí un *monumento en memoria de los hijos de Santa Cruz de Tenerife* caídos en defensa de la Patria. Convocó un concurso de proyectos y se nombró un jurado que falló a favor del presentado por el arquitecto tinerfeño Tomás Machado y Méndez Fernández de Lugo. Los trabajos comenzaron en 1945 y terminaron 5 años más tarde. En el conjunto destacan la torre-cruz, como señal de identidad de la ciudad, la columnata y los soldados de bronce. En su interior se dispuso una cripta, que se simplificó respecto a lo proyectado por agotamiento de los recursos, en la que se evocaba a los caídos en las guerras de Cuba, Filipinas y África.

No es posible dejar esta plaza sin aludir al más importante edificio de su entorno: el Palacio del Cabildo Insular, obra del arquitecto José Enrique Marrero Regalado. De lenguaje ecléctico-monumentalista, se terminó su construcción en 1940.

39. El muelle antiguo y el 25 de julio.

Santa Cruz de Tenerife, antigua capital de la provincia de Canarias, tuvo el primer muelle desembarcadero de las islas, ingente obra en aquellos tiempos, costeada por los propios vecinos del entonces Lugar y Puerto. Pero no fue hasta rebasada la mitad del siglo XVIII cuando se logró por primera vez una obra consistente y más o menos duradera, que luego serviría de base a la consolidación y prolongación de un verdadero dique-muelle de abrigo que favoreciera el tráfico marítimo de pasajeros y mercancías, esta vez sirviéndole de pétrea base en su primer tramo la laja rocosa que se adentraba en el mar desde el castillo de San Cristóbal, que dejaba la Caleta al sur del espigón.

Tras diversas averías en el transcurso de los años, y bajo el mando del marqués de Branciforte, el ingeniero Andrés Amat de Tortosa hace un nuevo proyecto quedando el muelle nuevo, sobre

la estructura del anterior, a principios de 1797. Tenía 112 metros de largo con unos 30 de ancho. Este es el muelle que Nelson intentó tomar en su frustrado ataque de la madrugada del 25 de julio de dicho año. En sus piedras basálticas aún se apreciaba la señal de impacto de un cañonazo que las defensas de la plaza lanzaron sobre el grupo de invasores que había logrado desembarcar de sus escaleras. En su proximidad se colocó en 1998 de forma provisional el monumento conmemorativo *A los héroes del 25 de julio*, obra del escultor Premio Canarias de Bellas Artes Manuel Bethencourt, que representa en figura femenina *La Protesta* de un pueblo que invoca al cielo en defensa de su libertad, ahora trasladado de ubicación por las obras de remodelación del enlace puerto-ciudad.

En las primeras décadas del siglo XIX la secuencia de daños y recomposición del muelle se repitió una y otra vez, y en algún momento el espigón estuvo a punto de desaparecer engullido por las marejadas. En 1847, Pedro Maffiotte, que había estudiado la nueva técnica en Argel enviado por la Junta de Comercio de Santa Cruz, lanzó al mar el primer prisma artificial para escollera fabricado a pie de obra. Ese mismo año llegó a Tenerife el primer ingeniero civil enviado por el Gobierno, Francisco Clavijo y Plo, que tomó las obras a su cargo contando por primera vez con alguna financiación del Estado, lentas y escasas, y de la Junta de Comercio local. Así comenzó la prolongación del dique, cuya segunda alineación se terminó en 1863, permitiendo ya el atraque de algunos barcos.

40. La Farola y la Marquesina

Los más importantes elementos referenciales de la historia del puerto de Santa Cruz son, para los ciudadanos, la Farola del Mar y la Marquesina del antiguo desembarcadero. Ambos figuran enraizados en la conciencia nostálgica de un tiempo pasado, pues en su momento constituyeron hitos que el santacruzero relaciona con un acontecer histórico de progreso y reconocimiento de la importancia que las incipientes instalaciones portuarias –las primeras en casi cuatro siglos– representaban para la ciudad.

Cuando en 1862 ya se trabajaba en la tercera alineación del dique, el organismo estatal correspondiente decidió colocar un faro de orientación al final de la segunda, que ya estaba en servicio. Este es el origen de la popular Farola del Mar, encargada a París, de luz intermitente, clasificada de sexto orden y con alcance de nueve millas. Su fanal fue instalado en una torre hexagonal de seis metros y medio de altura. En la cúpula de bronce que cubre el fanal dispone de pararrayos y veleta. Fue encendida por primera vez el 31 de diciembre de 1863, con gran expectación ciudadana y constituyendo todo un acontecimiento. La vieja Farola prestó servicio durante más de noventa años, y fue apagada definitivamente el 30 de junio de 1954, en medio de una despedida multitudinaria. Tras ser desmontada veinte años más tarde, fue posteriormente de nuevo instalada provisionalmente como nostálgico recuerdo en lugar cercano a su emplazamiento original.

Hasta tiempos bien recientes el puerto de Santa Cruz no dispuso de ninguna instalación que protegiera a los pasajeros recién llegados a tierra o que esperaban para embarcar. Tal es así que, en ocasión de la primera visita real a Canarias, la de Alfonso XIII en 1906, el Ayuntamiento tuvo que encargar al arquitecto Mariano Estanga una especie de pabellón que diera sombra y cobijo a la comitiva cuando pusiera pie en tierra. No fue hasta 1913, a los pocos años de constituida la Junta de Obras del Puerto, cuando se contó con una marquesina de hierro fundido, construida en los talleres sevillanos de Juan Miró y Cía. La popular Marquesina, cuando ya no fue útil en su papel de *estación*, pues ya los buques atracaban en los diques a los que el pasaje y la carga

accedían directamente, continuó siendo punto de reunión de las gentes relacionadas con la actividad portuaria y marinera.

41. Alameda de Branciforte o de La Marina

La primera plaza que tuvo Santa Cruz, la del Castillo –hoy de la Candelaria-, fue el único lugar público de reunión del que pudo disfrutar la población durante cerca de tres siglos, hasta que, casi simultáneamente, se vio dotada de otros espacios que comenzaron a aglutinar la vida social. Uno de ellos fue la pequeña explanada del muelle. El segundo fue en realidad el primer recinto con vocación de paseo público construido en la población: la Alameda de La Marina, en un terreno que había quedado libre junto al camino de San Andrés.

El mariscal de campo, Miguel de la Grúa Talamanca, marqués de Branciforte, llegó a Santa Cruz en 1784 como comandante general de Canarias, y uno de sus primeros proyectos fue dotar a la población de un lugar de esparcimiento público, para lo que solicitó el concurso de los principales vecinos. El proyecto fue realizado por el ingeniero militar Andrés Amat de Tortosa. Se entraba al recinto por una triple arcada, coronada por las Armas Reales, a cuyos lados se situaban dos estatuas de mármol que representaban la Primavera y el Verano, rematados los extremos por sendos jarrones. Al fondo, otra estatua de mármol, de mayor tamaño que el natural, representaba el Tiempo.

Durante casi un siglo fue el único paseo de que dispuso Santa Cruz. Hasta 1813 dependió de los capitanes generales, pero en dicho año se transfirieron al Ayuntamiento los derechos sobre la Alameda. El municipio no tenía muchos medios para atender al cuidado del paseo, e incluso hacia 1850 se pensó en venderlo para almacenes de carbón y dedicar el producto a la construcción del teatro. El último cuarto del siglo XIX coincidió con un renacer del paseo.

En 1915 su portada fue derribada junto con sus cerramientos laterales, para dar mayor amplitud a la entrada del muelle. En 1924 se rebautizó como alameda del *Duque Santa Elena*, pero siguió siendo la Alameda de la Marina de siempre.

En los últimos años, sometida como todo su entorno a una total transformación, al menos se ha tenido la sensibilidad de reconstruir su famosa portada de triple arco con un digno trabajo de cantería y ornamentación.

42. Fuente de Isabel II

Se trata, con la Pila, la de Morales y la de Santo Domingo, de una de las cuatro fuentes públicas de piedra basáltica del país que perviven en la geografía urbana de la capital, y su nacimiento está vinculada con la primera de ellas, trasladada en 1814 desde el centro de la plaza de la Candelaria a la huerta del castillo de San Cristóbal. El problema estribaba en que la antigua pila, además de a los vecinos, al aljibe del castillo, al riego de la Alameda y a los caños y chorros de la aguada para el suministro a los barcos –en el recodo que formaba la playa de la Alameda con el muelle-, servicios que el nuevo emplazamiento debería atender, por lo que el asunto debería estudiarse con detenimiento.

En 1843 el regidor Pedro Maffiotte no solo recomendó el lugar en el que debería situarse la nueva fuente, junto a la muralla que se estaba construyendo frente al castillo de San Pedro y que configuraría la rampa de la calle de la Marina, sino que presentó el proyecto de la obra a realizar. El costo total de la obra alcanzó los 32.629 reales, y pudo terminarse gracias a la colaboración del alcalde del agua y encargado de los trabajos, el regidor Bartolomé Cifra, que

adelantó gran parte del dinero. La fuente se inauguró en agosto de 1845, aun sin concluir los trabajos, el día de la Infanta María Luisa Fernanda de Borbón, y se le puso el nombre de Isabel II.

Si la comparamos con la de Morales, la mejora en el estilo y diseño de esta fuente se hace evidente, a pesar de que el historiador Cioranescu la encuentra de una estudiada rigidez de monumento funerario y de un color triste que desentona con el ambiente. Pedro Maffiotte, técnico de obras públicas y profesor de la Escuela de Bellas Artes y de la de Náutica, concibió al conjunto dentro de un estilo que responde al neoclásico tardío, y no cabe duda de que contó para su ejecución con un buen maestro cantero, según se desprende de la calidad del labrado.

43. Fuerte de Almeida y Museo Militar

En su momento, este lugar más o menos aplacerado donde rompían las olas tuvo por primer nombre playa del Varadero, pues allí se hacían y reparaban navíos del siglo XVI. Piloto y propietario de uno de aquellos barcos fue Juan de Almeida, y es muy posible que este personaje –como ocurrió con la Caleta de Blas Díaz y el barranco de Santos- diera su actual nombre al lugar.

En el lado que miraba hacia el mar existía, al menos desde el siglo XVII, una huerta llamada de los Melones, que daba nombre al camino que desde ella subía en cuesta por el margen derecho del barranco de Ancheta, y a una batería artillera situada hacia el mismo lado del barranco, la batería de los Melones. Este es el primer antecedente del fuerte de Almeida, cuya construcción comenzó en 1859 con dos objetivos fundamentales: proteger las defensas costeras frente a los buques de guerra y su ya entonces potente artillería, y proteger la plaza por primera vez tanto de los ataques desde el mar como de los de tierra, por si el enemigo lograba desembarcar por otros puntos de aproximación, tal y como había ocurrido en el primer intento de Nelson por el Bufadero. Las restricciones económicas hicieron imposible su total realización. Hoy, de todo el complejo defensivo han quedado el edificio central, las casamatas soterradas del frente marítimo y poco más.

Con la construcción de varios pabellones para albergar la tropa y los servicios, el lugar sirvió durante años de acuartelamiento al Regimiento Mixto de Artillería nº93 hasta que, trasladado el Regimiento, hoy es la sede del Centro de Historia y Cultura Militar y del Museo Histórico Militar de Canarias. El Centro aglutina y coordina toda la actividad cultural de las Fuerzas Armadas en Canarias. De él depende el Museo Histórico Militar, uno de los mejores del país, fundado por el coronel Juan Arencibia de Torres en 1988 en su etapa de mando del Regimiento. En las salas del antiguo fuerte se muestran al público innumerables testimonios, materiales, gráficos y documentales de la historia de Canarias, entre los que destaca la monumental maqueta de Santa Cruz de Tenerife que representa la población que intentó tomar Nelson en 1797. Los pabellones que en su tiempo albergaron las tropas y los servicios del Regimiento de Artillería, debidamente acondicionados, acogen hoy una magnífica y nutrida biblioteca de temas históricos y militares y el completísimo Archivo Histórico Militar.

44. Castillo de San Cristo de Paso Alto

Desde que el ingeniero Leonardo Torriani levantó el primer plano conocido de Santa Cruz, datado en 1588, recomendó la construcción de una defensa en el flanco izquierdo de la bahía, frente al habitual fondeadero que protegía el macizo montañoso de Anaga, que en unión con el castillo de San Cristóbal en el centro y el de San Juan en el extremo sur, cubriera todo el frente

del puerto. Siguiendo la recomendación de Torriani, allí se construyó una especie de casamata o pequeño fortín, que nunca dispuso de más de una docena de piezas de artillería. Concretamente, cuando Blake atacó la plaza en abril de 1657, solo disponía de ocho piezas, de las que únicamente dos estaban en condiciones de servicio y que, por cierto, lo prestaron con gran eficacia.

El propósito de hacer de Paso Alto un bastión de mayor entidad siempre se mantuvo, pero las buenas intenciones siempre se veían relegadas una y otra vez por la escasez o inexistencia de fondos. Tiene que llegar el año 1670 para que el comandante general Laso de la Vega, conde de Puertollano, sobre planos del ingeniero militar Lope de Mendoza, tomara la decisión de hacer allí un verdadero fuerte. Con reformas y mejoras sucesivas, realizadas especialmente en el último cuarto del siglo XVIII, el castillo del Santo Cristo de Paso Alto quedó configurado tal como llegó hasta mediados del siglo pasado, pues fue en 1950 cuando lo adquirió la Junta de Obras del Puerto para trazar la vía que enlazara las nuevas dársenas del Este con el sistema portuario central. La parte que se conserva de la fortaleza, después de construido el Club Deportivo Militar, es hoy propiedad municipal.

Además del cometido específicamente defensivo del recinto, Paso Alto fue también utilizado en diversas épocas como prisión.

45. San Andrés y su Torre

Después del lugar y puerto de Santa Cruz, y casi al mismo tiempo que Taganana, el poblamiento cristiano de San Andrés es de los primeros que tuvieron lugar en el prehispánico menceyato guanche de Anaga. Casi todos los autores coinciden en que las vías de penetración en la colonización de la isla fueron la desembocadura de los barrancos, debido a las dificultades que presentaba la mayor parte del litoral y a que por ellos corría abundante agua la mayor parte del año. Así ocurrió también con el Valle de San Andrés.

El valle, denominado en lengua aborigen de Ibaute o de Abicore –la Higuera-, fue tempranamente cedido por el Adelantado al conquistador Mateo Viña, llegando posteriormente a manos de las familias Párraga y Salazar. Muy pronto el lugar comenzó a ser conocido como Valle de Salazar, prácticamente aislado de Santa Cruz por la abrupta orografía del litoral, por lo que fue el acceso por mar casi el único utilizado hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XIX, cuando se comenzó la construcción de un camino a base de prestaciones vecinales. Este secular aislamiento favorecía las incursiones piráticas, bien para abastecerse del agua de sus arroyos o para cometer rapiñas entre sus pobladores. Ello, unido a la circunstancia de ser aquella costa paso obligado de la mayor parte de la navegación que se acercaba a Santa Cruz, hizo pensar desde bien temprano en la necesidad de disponer de alguna defensa artillada, cuyo primer intento de construcción se remonta a 1607. No fue hasta 1706 que la idea cristalizó en una pequeña torre que pronto resultó arruinada; en 1762 se realizaron nuevas obras que tampoco resistieron las avenidas del barranco. En 1770 se inició una nueva construcción.

En julio de 1797 el fuerte, bajo el mando de Bartolomé Mirando y de José Feo como responsable de su artillería, disponía de cuatro cañones y 43 artilleros. Al tratarse de la defensa más alejada del centro de la línea no le llegó la noticia de la capitulación de las fuerzas británicas hasta bien entrada la mañana del día 25, y continuó lanzando sus andanadas sobre varios barcos enemigos.

La torre fue desartillada en 1878 y, después de varios intentos de venta o permuta, se entregó al Ayuntamiento en 1926. Actualmente, arruinada por otra avenida del barranco, pide a gritos su reconstrucción de acuerdo con los planos originales que se conservan.

46. Taganana y su Iglesia

A partir de 1501 el Adelantado concedió datas de repartimiento de tierras y heredamiento de aguas en la zona de Taganana a algunos de los que habían colaborado en la conquista con su prestación personal o económica, con la condición de fundar familia y cultivar las tierras, especialmente con caña de azúcar, siendo los primeros en establecerse nueve familias procedentes de Fuerteventura y Lanzarote.

En 1507 ya se conocía el lugar como valle de Santa María de las Nieves, lo que indica que existía un lugar de culto a dicha advocación mariana, pequeña ermita ampliada en el siglo XVII con las naves de la Epístola y el Evangelio. De la imagen de Nuestra Señora de las Nieves, de tamaño natural y tan antigua como la propia ermita, no se conoce su origen, si bien el Niño que sustenta en brazos parece ser de época más reciente. Al lado de esta imagen mariana es de destacar la que constituye una auténtica joya de arte, también del siglo XVI: el tríptico flamenco atribuido a Marcellus Coffermans, cuya tabla central representa la *Adoración de los Magos*, figurando en las laterales *La Natividad* y *La Circuncisión*. Posee también la iglesia un excelente Crucificado de escuela francesa, conocido como *Cristo del Flachat*, por haber sido rescatado de los restos del buque del mismo nombre naufragado en las abruptas costas de Anaga en 1898.

Frente a la iglesia, al otro lado de la pequeña plaza, se encuentra la ermita de Santa Catalina Mártir, edificada en 1621. Se trata de una modesta construcción de tipología tradicional canaria. De planta rectangular, su origen y advocación a Santa Catalina, presente en otros lugares de tradición azucarera, puede estar vinculado con la iniciativa agrícola de la zona.

No solo por poder contemplar estas joyas de arte y devoción, sino también por disfrutar de uno de los valles y paisajes más pintorescos y hermosos del término de Santa Cruz, vale la pena cerrar en Taganana este Itinerario.